

MARÍA JOSÉ RODILLA LEÓN, *De belleza y misoginia. Los afeites en las literaturas medieval, áurea y virreinal*, Madrid/Frankfurt/México: Iberoamericana/Veurvert/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2021, 358 pp. (Clásicos Hispánicos. Nueva Época, 23), ISBN 978-84-9192-191-2.

El cuidado y el adorno corporales forman parte de la historia humana desde sus orígenes, como lo demuestra la ornamentación de las representaciones femeninas encontradas en contextos paleolíticos en diversos sitios del mundo. Entre estas formas de cuidado corporal, la cosmética ha sido probablemente menos atendida en comparación con la joyería o con el vestido; sin embargo, el mundo de los afeites ha evolucionado al ritmo de las transformaciones en los cánones de belleza.

Del universo de la cosmética se ocupa la profesora María José Rodilla, investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, en su libro *De belleza y misoginia. Los afeites en las literaturas medieval, áurea y novohispana*. La autora nos guía a través de un recorrido literario, cultural y estético por los rituales que las mujeres de otras épocas —y en muchas ocasiones también los hombres— llevaban a cabo para hermostearse y para agradar a quienes les rodeaban; el objeto de estudio es un nutrido corpus de obras literarias hispánicas, tanto del ámbito peninsular como del americano, que abarcan una temporalidad que va desde los últimos siglos de la Edad Media hasta las últimas décadas del siglo XVIII.

No se limita la investigadora a hacer un inventario de las cremas, tinturas y maquillajes mencionados en los textos, sino que problematiza respecto a las visiones que en torno al uso de éstos se construyeron a lo largo de los siglos que comprende el estudio, para poner de relieve que aquello que atraviesa la mayoría de los discursos literarios que tocan el tema del adorno femenino es una misoginia expresada por medio de juicios condenatorios. Por otra parte, los textos muestran, atendiendo al costumbrismo tan característico de la tradición literaria española, la diversidad de prácticas, oficios e imágenes a los que dio lugar el afán de perfeccionar la apariencia física.

En el primer capítulo del libro, titulado “Los afeites, la Biblia, la patristica y los moralistas”, la autora nos hace saber cómo los textos misóginos fundacionales convienen en que el aliño femenino es reprobable; así se lee en los *Epigramas* de Marcial o en las sátiras de Juvenal, si volteamos al mundo clásico. Y ya en el mundo cristiano, la lista de detractores la encabeza Tertuliano y la continúan san Cipriano y san Jerónimo, todos los cuales contribuyen a la construcción de una imagen maligna del cuerpo femenino, que durante el Medioevo se considerará como el causante del pecado del hombre.

De este modo, el adorno corporal despierta asco, elemento a partir del cual se trazan las fronteras entre lo puro y lo impuro. Ya que los afeites son sacados de lugares sucios y fabricados con materiales venenosos y fétidos, como las heces del cocodrilo, las mujeres que echan mano de ellos son por lo tanto corruptas. Durante el Renacimiento, Juan Luis Vives, fray Luis de León, el doctor Andrés Laguna, el teólogo fray Tomás de Trujillo y Francisco de Osuna remarcan que el uso de “emplastes”, además de ir en contra de la naturaleza, al tratar de esconderla, resulta en violencia hacia quienes los usan —puesto que al paso del tiempo echan a perder su piel—, y hacia quienes se encuentran alrededor y deben soportar los malos olores que las doncellas emiten. En esta misma dirección, los moralistas argumentan que, ya que la higiene corporal está estrechamente ligada a la salud, ésta se ve afectada por la inmundicia de los afeites, cuyo abuso se traduce en el ennegrecimiento de los dientes, la caída del cabello, el envejecimiento de la piel y en múltiples enfermedades.

En la literatura sapiencial, a la mujer que se adorna se la relaciona igualmente con los pecados capitales: desde Tertuliano hasta Alfonso Martínez de Toledo, pasando por fray Hernando de Talavera, fray Tomás Ramón, fray Martín de Córdoba, no dejan los autores de recurrir a los argumentos de los Padres de la Iglesia, y de repetir que las mujeres son ejemplos de soberbia, al querer que su belleza sea estimada sobre la de todas las demás; de vanidad, porque en lugar de buscar la sencillez, prefieren la superfluidad; de envidia, pues se dedican a criticar la apariencia de otras mujeres; de lujuria, al provocar al hombre tal y como Eva hizo con Adán al ofrecerle el fruto prohibido; de avaricia, por el derroche económico que representa la adquisición de vestidos y cosméticos.

Los siguientes dos capítulos del libro, “Resplandores y sombras de los afeites. Ambigüedades literarias” y “Las metáforas del afeite o el afeite como metáfora”, tratan la presencia de los cosméticos en las obras prosísticas, dramáticas y poéticas de la Edad Media, los Siglos de Oro y la Colonia, así como de las metáforas a las que dicha presencia en los textos dieron lugar.

Destaca en este punto el contraste que Rodilla León encuentra entre una lírica popular rica en descripciones estereotipadas de la belleza femenina natural —tez y manos blancas, mejillas rojas, cabello dorado—, y los artificios que en obras como el *Libro de Buen Amor* no llegan a ser condenados por completo, como sí lo serán en los textos narrativos, en la literatura sapiencial, en las sátiras o en la literatura de visiones del infierno. Así, por ejemplo, el *Libro de los buenos proverbios*, de finales del siglo XIII y principios del siglo XIV, insiste en el castigo que merecen aquéllas damas que esconden su apariencia original, pues ello implica el deseo de modificar la obra divina.

Hacia el final de la época medieval, aparecen dos obras paradigmáticas de este “maldecir de los afeites”, como llama la autora al rechazo en el uso de adornos del que se ha venido hablando: el *Corbacho* y *La Celestina*. En ambas se presenta una contradicción entre el moralismo que censura la utilización de cosméticos y la enumeración que se hace de éstos, puesto que los autores, en vez de suprimirlos pensando en su indecencia, deciden detenerse ampliamente en tales descripciones.

En los Siglos de Oro, frente a la imagen idealizada de la mujer que el Renacimiento construye, presentándola como reflejo de Dios, la fémina afeitada se coloca nuevamente en el otro extremo, que es el de las perversiones. Las coplas contenidas en los cancioneros de la época manifiestan que en lugar de embellecer los rostros de las doncellas, el uso de productos como el albayalde las vuelve feas y repulsivas. Por su parte, los grandes autores del barroco español no dejaron de contraponer la hermosura natural a la artificial, ya proponiendo, como Cervantes en sus personajes femeninos, que la belleza exterior es reflejo de la belleza interior; ya prefiriendo la naturalidad, como lo hacen Lope, Tirso de Molina y Quevedo, aunque el último, nos dice la autora, también haya sido partícipe de la querrela de las mujeres, al poner en boca de éstas una defensa de su integridad ante los hombres que las reprueban.

La misma defensa, apunta Rodilla León, fue llevada a cabo por escritores de épocas anteriores, quienes recurrieron a la tradición grecolatina y bíblica para tomar de ellas personajes femeninos engalanados que fueron al tiempo ejemplos de valor. Textos como el *Memorial en defensa de las mujeres de España* de Arias Gonçalo, atienden a la observación de san Pablo que admite que las mujeres casadas no dejan de ser virtuosas si se adornan exclusivamente para agradar a su marido. En la línea de la querrela se ubica asimismo sor Juana Inés de la Cruz, pues no solamente retrata con enorme ingenio y humor a sus personajes femeninos, sino que los reivindica, así como se reivindica a sí misma en la *Respuesta a Sor Filotea*, inclinándose más por la belleza natural y del intelecto que por lo artificial y lo físico.

Sumamente interesante es que la investigadora recurra a la comparación platónica entre la retórica y la cosmética —pues ambas tienen la cualidad de esconder la verdad mediante el artificio—, para examinar las metáforas contenidas en las obras que estudia. Así, observa que los afeites aparecen como símiles o metáforas de la seducción y del engaño amoroso (“palabras afeitadas”, escribe el Arcipreste de Hita), de los vicios y de las virtudes (Jiménez Patón dice que los cabellos son “los afectos y desseos del alma”), o como metonimias en proverbios y refranes. De igual modo, a la mujer afeitada se la compara con animales de tierra, de aire y de agua, para denostarla y

ridiculizarla (“tiburón afeitado”, la llama Quevedo; “fieras y sierpes con rostros y pechos de mujeres”, anota fray Antonio Marqués); por el contrario, en algunas metáforas referidas al mundo vegetal, se comparan las cualidades de las doncellas, sobre todo la virginidad, con elementos naturales como las flores.

En los capítulos cuarto y quinto, que llevan por título “Retratos, usos y costumbres de afeites, perfumes y otros accesorios” y “Los afeites y los oficios”, se tocan por un lado las prácticas de cuidado corporal que hombres y mujeres realizaban en los espacios íntimos; y por otro, las diferentes ocupaciones relacionadas con la elaboración y distribución de los cosméticos tal y como aparecen en las obras literarias.

98

Siguiendo la prosopografía de los textos medievales, Rodilla León avanza del cabello a los pies, señalando qué tipo de adornos eran propios de cada parte del cuerpo: el cabello teñido, peinado de diferentes modos o encrespado; los tocados que constantemente sorprendieron, por su ostentuosidad, a los viajeros europeos que visitaban España; la obsesión por un cutis blanco que en el siglo XVIII empalideció aún más, y por las mejillas y labios rojos, arrebolados “con granos de granada y bermellón, llamado en latín *minium*, muy estimado por los romanos” (183); los ojos que se iluminaban “alcoholándolos, es decir, pintándolos con kohl, tintura que se remonta a la civilización egipcia de los faraones y que se solía hacer con antimonio pulverizado y alcohol” (184). Menciona igualmente la autora la costumbre de usar lunares postizos, extendida a los virreinos; la exitosa moda de comer barro perfumado con ámbar para lograr la tan deseada palidez de la piel, hábito que no dejaba de causar una obstrucción u “opilación” en las vías excretoras del cuerpo de quienes se aficionaban a él, o bien el esfuerzo por conseguir unas manos blancas y suaves, y la preferencia por unos pies pequeños enfundados en altos chapines.

Todo lo anterior queda plasmado en la poesía, los relatos de viajes e incluso en las pragmáticas, que desde el barroco hasta el reinado de Carlos III, en plena Ilustración, prohibieron el velo a las llamadas “tapadas”, por considerar que el cubrir una parte o todo el rostro tenía la intención de seducir a los caballeros. Además, la investigadora hace referencia a la costumbre de perfumar el cuerpo y accesorios como los guantes y los abanicos, misma que no alcanzaba solamente a las mujeres, sino que era propia de algunos hombres cuya vanidad llegaba a superar a la de las mujeres, pues ellos también se maquillaban, se empolvaban el cabello y echaban mano de postizos y otros implementos. La belleza de los varones afeminados desentona con la apariencia de los viejos que tiñen sus canas, y que son motivo de burla en la picaresca y en los textos satíricos. En América, los moralistas no dejarán de señalar este

tipo de hábitos tanto como el adorno que ven en las indias, las mestizas y las mulatas que caminan por las calles de la Ciudad de México o de Querétaro.

Por otro lado, a los oficios relacionados con la producción y el uso de cosméticos, la mayoría de ellos realizados por el sexo femenino, la investigadora los clasifica en cinco grupos: el primero es el de las mujeres que fabrican o venden los afeites, del cual Celestina es figura arquetípica, y la joven Aldonza de *La Lozana Andaluza*, su clara continuadora. De las alcahuetas se pasa a las prostitutas, que constituyen el segundo grupo de la clasificación, presentándose como las principales consumidoras de afeites, y blancos constantes de los ataques moralistas desde Tertuliano, lo mismo que el tercer grupo, que es el de los comediantes, oficio tan deshonesto como el de la prostitución. El cuarto grupo es el de las mujeres casadas y sus damas de compañía, que terminan embaucadas por las vendedoras, buscando lucir más jóvenes; finalmente, el quinto grupo tiene que ver asimismo con la fabricación de cremas y remedios, pero en un ámbito que corresponde más bien a los hombres: el de las boticas y las perfumerías.

En el último capítulo del libro, “Tesoros de sabiduría y prácticas femeninas”, la profesora Rodilla León comenta un conjunto de obras en las cuales han quedado consignadas recetas para la fabricación de cosméticos; se trata sobre todo de manuales y tratados médicos, entre los cuales sobresalen varios apartados de los *Poemas eróticos* de Ovidio, donde proporciona consejos de seducción a las mujeres. Del terreno de la medicina, el capítulo rescata a dos de las grandes figuras femeninas de la Edad Media, Trótula de Salerno e Hildegarda de Bingen, quienes escriben tratados en donde, además de ocuparse de las afecciones ginecológicas, incluyen recetas de belleza que se sitúan entre la ciencia y la magia, como también sucede con el tratado hebreo *Sefer ahabat nasim* o con *El régimen del cuerpo* de Aldebrandín de Siena, ambos del siglo XIII. Otros manuscritos presentados por la autora, en los que se conjugan la medicina con recetas culinarias y de cosmética, se encuentran en la Biblioteca Nacional de España: el *Livro de receitas, pivetes, pastilhas e uvas perfumadas y conservas* (siglo XVI) y las *Recetas experimentadas para diversas plantas* (siglo XVII), incluyen detalladas instrucciones para fabricar, por ejemplo, sebo de manos y polvo para dientes, lo mismo que conservas o antídotos contra venenos. Tales recetas recurren tanto a la herbolaria como a los productos animales, algunos de los cuales tienen un origen maravilloso y remiten a las narraciones de viajeros que antes de Marco Polo visitaron Oriente. De la baba del dragón marino de la cual se forma el ámbar, se pasa a las referencias más realistas de las Indias Occidentales, donde según el cronista Cervantes de Salazar, de plantas como el maguey y frutas como el chicozapote se extraen también elementos de mucha utilidad para elaborar tintes y perfumes.

El libro de Rodilla León incluye dos apéndices: un muy útil “Glosario de afeites y otros adornos relacionados con ellos”, en el que se pueden consultar términos que aparecen repetidamente en los textos estudiados, y la transcripción de varios fragmentos de un recetario contenido en el manuscrito 6058, apéndice 2, fols. 115v y 116 de la Biblioteca Nacional de España, concretamente del apartado que se titula *Libro en que se hallaran diversas memorias ansi para adobar guantes como para azer muchas y diferentes ollores, aguas almizclada y otras aguas y cosas de buena ollor*. Dicha transcripción complementa muy adecuadamente el último capítulo del libro.

100

En *De belleza y misoginia*, María José Rodilla León demuestra amplio conocimiento de la tradición literaria hispánica medieval, áurea y virreinal, a través de un tema muy específico, que resulta de especial interés en ámbitos que no se limitan al de los estudios literarios, de modo que el trabajo filológico se acerca a la historia de la cultura, de la medicina y de las ideas estéticas. Resalta en las páginas del libro la sensibilidad de la autora para reunir materiales que a primera vista podrían resultar impares, dándoles una coherencia que le permite a su vez realizar una crítica a la misoginia imperante en las obras que analiza, y haciendo visible que el uso de los afeites en la historia puede interpretarse asimismo como una forma en que las mujeres han mostrado su rechazo a las crueles imposiciones de una sociedad dominada por visiones masculinas.

ILSE DÍAZ MÁRQUEZ
Universidad Autónoma de Aguascalientes
ayrazul@hotmail.com